

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 462

25 CTS

E
B



El barbero
de Sevilla

POR
Ariette Marchal

FilmoTeca
de Catalunya



Ver RAVEL, Sostan

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 462

"Figaro" 1929

* El barbero de Sevilla

Producción inspirada en las célebres comedias
de Beaumarchais, «Le Barbier de Seville» y
«Le Mariage de Figaro». *Ernest*

Interpretada por Arlette Marchal, E. Van
Duren, Tony D'Algy, etc., *Jean Weber,*

Seneca Missirio, José Davert, Léon Belières,
Marie Bell, Odette Talazac

EXCLUSIVA DE

Renacimiento Films

Para Cataluña, Aragón y Baleares

Iberia Films

Rambla de Cataluña, 66

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

LEONE LANE

** Dich's ^{me} Cin. Univ. de Jeanne/Ford*
Ver: RAVEL/544

El barbero de Sevilla

Argumento de la película

I

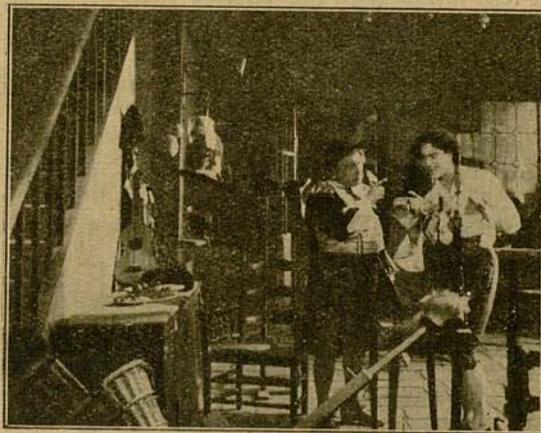
Sonrisas, donaires, astucia, picardía, espiritualidad, insolencia; pero, sobre todo, un corazón bueno y simpático que los embates del infortunio no han logrado amargar: éste era Fígaro, el barbero de Sevilla.

Se burlaba de los poderosos y sabía defenderse de ellos por la astucia y la habilidad. Se reía de todo, pero debajo de estas sonrisas había algunas veces una oculta nota de amargura.

En otro tiempo fué criado del conde de Almagro. Tuvo después varios oficios. A la sazón rapaba barbas en Sevilla.

Como los barberos de entonces (el siglo XVIII) eran, además de tales, algo cirujanos y

médicos, el establecimiento de Fígaro tenía, aparte los útiles del barbero, tales como bacías y navajas, las tenazas del dentista y todos los instrumentos científicos que se necesitaban para hacer sangrías, aplicar cataplasmas y demás re-



A la sazón rapaba barbas en Sevilla.

medios propios de la terapéutica en pañales de aquellos tiempos.

Tenía clientela muy numerosa y ésta acudía a su barbería, no sólo por rasurarse o curarse alguna leve dolencia, sino por gozar de las travesuras de su ingenio y oírle contar las pintorescas aventuras de su vida pasada.

Como, además, era un buen barbero y su mano

se deslizaba firme y segura incluso por las barbas más difíciles y duras, entre su clientela figuraba lo mejor de lo mejor y constantemente llegaban a su establecimiento mensajes de grandes señores que requerían su servicio en sus palacios.

Ahora se acercó una dama que Fígaro conocía muy bien, pues iba casi diariamente a llamarle, y le dijo desde la puerta:

—¡Pronto, Fígaro! ¡Coja el servicio y venga en seguida! El doctor Bartolo le espera.

—Adelante lo mejor de Sevilla—dijo Fígaro al mismo tiempo que echaba sobre la mesa el dinero que acababa de darle el único cliente que había en aquel momento en la barbería.

—No hay tiempo que perder, Fígaro. El señor espera.

—¿A qué vienen esas prisas a sus años? ¿Teme acaso el doctor Bartolo que doña Rosina le desprecie por peludo? Si es eso, debe tranquilizarse. Doña Rosina no puede desdeñarlo más de lo que le desdeña.

La mensajera, muy ofendida por aquellas alusiones impertinentes que la ponían en el trance de hablar mal de su dueño, cosa que le agradaba sobremanera hacer, volvió la espalda y se fué ligeramente por donde había venido, seguida por el alegre barbero, el cual, después de poner los útiles en una caja, corrió tras ella dando saltos y voces que llamaron la atención de cuantos transeúntes pasaban por allí en aquel momento.

* * *

Tenía razón Fígaro al decir que doña Rosina despreciaba a don Bartolo. Pero, ante todo, hay que saber quién es don Bartolo y quién es doña Rosina.

El doctor Bartolo tenía una carrera y mucha importancia en Sevilla, pero su principal negocio era el de administrar los bienes de doña Rosina, la cual quedó bajo su tutela al morir sus acaudalados padres.

Como esto sucedió cuando la joven era aún una niña, a don Bartolo, que no andaba muy bien de conciencia, se le ocurrió en seguida pensar que podría hacer de su fortuna mangas y capirotes buscando el modo de justificar las faltas en las cuentas, y no contento con eso, concibió un buen día el proyecto de casarse con ella para que no hubiera lugar a desagradables revisiones de libros y quedara en su poder hasta el último resto de la fortuna.

Teniendo en cuenta que don Bartolo era un hombre de edad más que madura, ventrudo, arrugado y feo, a nadie extrañará que doña Rosina no diera la menor muestra de estar conforme con los propósitos de su tutor, por lo cual éste determinó obtener a la fuerza lo que de otro modo no se le concedía, educando a doña Rosina a su modo y sometiéndola a una espantosa tiranía que rayaba en el secuestro.

No la dejaba jamás salir a la calle, y para

que ni siquiera pudiera asomarse al balcón, había puesto a éste un candado.

Estos cuidados y la oposición de Rosina se comprenderán mejor al saber que la joven era una delicada flor de diez y ocho años, bonita como un sol y esbelta como el tallo de una camelia.

Era, además, muy sensible, muy soñadora y ello multiplicaba su tortura al verse encerrada entre cuatro paredes y vigilada siempre por media docena de familias a las que don Bartolo había dado órdenes estrictas de fiscalización.

Era muy amante de la música y tenía una preciosa voz de tiple ligera. Don Bartolo, en un alarde de magnanimidad, le permitía estudiar el canto, para lo cual requirió a un amigo suyo, organista rígido y severo, que daba diariamente lecciones a doña Rosina. Esta era la única expansión de aquel alma soñadora.

Todo esto lo sabía muy bien Fígaro y ciertamente le desagradaba, pues él era generoso y justo, repudiando de todo lo que fuera un atentado contra la justicia y la nobleza.

Ahora estaba revisando las cuentas don Bartolo en compañía del organista amigo, el cual estaba en todos sus secretos. La puerta de la habitación estaba abierta y se veía desde allí la de doña Rosina, la cual, como de costumbre, distraía su tedio haciendo bordados y encajes, rodeada de media docena de sirvientas.

Apareció de pronto Fígaro con su acostumbrada impetuosidad y procedió en el acto a afei-

tar a don Bartolo, el cual manifestaba que quería que le rasurara con especial cuidado porque aquella noche tenía que cenar en compañía de su pupila.

Comenzó a enjabonarlo Fígaro con su característica presteza, pero he aquí que de pronto se oyó el rasgueo de un laúd y una canción que tenía todos los visos de un homenaje amoroso.

El canto penetró por el balcón de doña Rosina, sumiéndola en dulce éxtasis por un momento. Después dejó la joven de bordar y comenzó a proferir gritos de indignación al verse secuestrada cuando sus deseos hubieran sido salir al balcón para averiguar de una vez quién era el galán que diariamente iba al pie de su balcón a rendirle el homenaje de una serenata.

—¡Esto es un secuestro intolerable!

Y concibiendo de pronto una estratagema que le permitiría salirse con la suya, comenzó a decir al mismo tiempo que se dejaba caer en un sillón:

—¡Aire! ¡Aire! ¡Me ahogo!

Todas las sirvientas se apresuraron a acudir en su auxilio y Fígaro dejó a don Bartolo a medio afeitarse para socorrer también a doña Rosina, siguiéndole el propio don Bartolo y el organista.

Fígaro se apresuró, al comprobar que doña Rosina no tenía bastante aire con el que se le hacía con las manos, a dirigirse al balcón para abrirlo. Al ver el candado comprendió que sus esfuerzos serían inútiles, pero al volverse a doña

Rosina, sorprendió un gesto de ella que supo interpretar en seguida. Doña Rosina no estaba desmayada y lo fingía para, con la excusa de que necesitaba aire, hacer que abrieran el balcón.

—¡Pronto, don Bartolo!—gritó Fígaro—. Dadme la llave de este candado. Doña Rosina está a punto de asfixiarse.

Aunque no de buen grado, don Bartolo tuvo que dar la llave a Fígaro y éste abrió el candado, volviendo después al lado de doña Rosina, para ayudarla a salir al balcón, desde donde los dos pudieron ver al cortejador del laúd, un gallardo estudiante del que doña Rosina quedó al punto prendada.

Como don Bartolo tenía la cara embadurnada de jabón no pudo asomarse con ellos, pues no estaba bien que la gente viera de aquella guisa a tan importante personalidad y tuvo que volver a su habitación para esperar a que doña Rosina se repusiera y volviera Fígaro para reanudar el rasuramiento.

Esta soledad, permitió a la secuestrada contemplar detenidamente al gentil adorador y ponerse de acuerdo con Fígaro para evitar que don Bartolo consumara sus propósitos de casarla con él.

—Lo primero que voy a hacer—dijo Fígaro—es pedirle la llave para cerrar el balcón como estaba y no cerrarlo. Así podréis salir cuando vuestro tutor no os vea.

Y este fué el principio de la farsa, de una de

aquellas farsas que tanto entusiasmaban a Fígaro.

II

Lo primero que hizo al salir, después de rasurar a don Bartolo de dos mandobles, fué dirigirse al rendido estudiante que continuaba al pie del balcón, quedando muy asombrado al ver de cerca su rostro.

—¡Pero si sois mi antiguo amo, el conde de Almaviva!

—Sí, Fígaro. También yo te he reconocido en seguida. Pero mucho ojo con descubrirme...

—¿Descubriros yo? Sólo os diré, en respuesta a eso, que he pactado con doña Rosina ayudarla a librarse de la tiranía de su tutor y a allanar el camino al pretendiente que le agrade y la merezca.

—¿Y qué te ha dicho respecto a mí?

—Que bien podéis ser vos el que la libre del secuestro casándoos con ella.

—¡Oh, Fígaro! ¡Qué alegría me das! La amo como jamás pude sospechar que amaría... ¡Es tan encantadora!...

—No son extrañas en vos estas demostraciones. En Sevilla entera se conoce vuestra fama de enamoradizo.

—Pero esta vez es distinto, Fígaro; puedes creerlo. Estoy realmente enamorado de esa criatura angelical...

—Si es así, me tenéis a vuestra disposición

para ayudaros. Soy el barbero de don Bartolo y amigo de todos sus criados. Tengo mil pretextos para entrar en la casa. Estoy seguro de que mi ayuda os será eficaz.

—Gracias, Fígaro. No te pesará lo que hagas en este sentido.

—Pero, decidme, ¿a qué viene ese disfraz de estudiante?

—Sólo pretendo despistar a ese viejo tiránico. Si conociera mi verdadera personalidad podría tomar las medidas oportunas para defenderse. Así no hará nada en este sentido: un pobre estudiante no causa a nadie inquietud.

—¿Y cuál es ahora vuestro nombre?

—Lindor.

—Pues bien, señor Lindor, debo deciros que hay que proceder con rapidez y energía, pues don Bartolo piensa casarse mañana mismo con doña Rosina.

—¿Mañana? Entonces estamos perdidos. No hay tiempo para idear ni poner en práctica ningún plan.

—Mientras bajaba por la escalera he concedido uno que no me parece malo.

—¿Cuál es?—preguntó el conde con vehemencia.

—Muy sencillo. ¿Habéis visto alguna vez un viejo que acompaña a don Bartolo a todas partes?

—Sí, y tengo entendido que es organista.

—Ese es, el mismo que viste y calza. Se llama don Basilio y todas las tardes va a dar lec-

ción de canto a doña Rosina. Vestíos como se viste él y entrad esta tarde en la casa. Si os sorprende el tirano, decid que sois un enviado de don Basilio. Este será el primer paso. Es preciso que enamoréis a doña Rosina y que le demostréis que puede confiarse a vos para que la libréis de la tiranía de su tutor. El matrimonio es un paso demasiado serio para que pueda darse sin conocer al esposo previamente.

—Pero los criados no me dejarán entrar.

—No os preocupéis de los criados. Eso corre de mi cuenta. Venid a mi barbería a primera hora de la tarde y todo estará ya dispuesto.

En el momento en que el conde iba a demostrar su gratitud a Fígaro descendiendo de su elevado plano social para abrazarle, se abrió el balcón de doña Rosina y apareció en él la secuestrada; aprovechando sin duda que don Bartolo se habría encerrado con don Basilio para, entre los dos, hacer de las suyas con las cuentas de la pupila.

—Mírala, Fígaro. Ella es.

No bien hubo levantado Fígaro la cabeza, cuando la huérfana arrojó un papel que desdobló y leyó el conde.

Decidme en una canción vuestro nombre, condición y las intenciones que os mueven a salvar a la infortunada

Rosina

—Temo no poder hacer lo que Rosina me pide—dijo el conde al mismo tiempo que entre-

gaba el papel a Fígaro—. ¡Estoy tan emocionado!

Fígaro leyó el papel y le arrebató el laúd.

—¿Qué pensáis contestarle?

—Siempre he sido amado por mi nombre y mis riquezas. ¡Qué feliz sería si Rosina me amara por mí mismo!

—¿Eso quiere decir que debo seguir ocultando vuestra verdadera personalidad incluso a doña Rosina?

—Exactamente.

Y Fígaro, con su voz de barítono y su traviesa agudeza, dijo en una canción que el pretendiente era Lindor, de cuna vulgar y simple bachiller, deficiencias de rango y fortuna que estaban compensadas por su amor purísimo y profundo.

No desagradó a doña Rosina lo que ella creía profunda sinceridad y supo demostrarlo con su actitud y con sus gestos de modo tan evidente que el conde quedó henchido de gozo cuando su adorado tormento desapareció del balcón.

* * *

Por la tarde todo estaba dispuesto. Fígaro con la excusa de invitar a los criados de don Bartolo a un vinillo especial que le habían regalado, los narcotizó a todos en la bodega cuando el dueño de la casa dormía profundamente su acostumbrada siesta.

El conde Almaviva, convenientemente disfrazado de organista halló el campo libre y el

asombro de doña Rosina fué muy grande cuando le vió entrar en su aposento acompañado de Fígaro, el cual, dándose cuenta de que allí no tenía ya nada que hacer, tomó las de Villadiego.

—¡Oh, Lindor! ¡Habéis sido muy imprudente! Si don Bartolo despertara...

—Lo tengo todo muy bien preparado, gracias al ingenio de ese demonio de Fígaro. Lo primero que debemos hacer es pasar al salón de música y comenzar la lección. Cantando me podéis contestar a lo que cantando os dije.

Jamás se habían oído en aquella casa canciones tan llenas de pasión. Entre los acordes del clavicordio, aquellas dos almas prometieron quererse eternamente y por encima de todos los obstáculos. Pero he aquí que de pronto despertó don Bartolo y al llamar a su ayuda de cámara y no recibir ninguna respuesta, se apresuró, lleno de recelo, a comprobar lo que ocurría, poniendo el grito en el cielo al ver a todos los criados narcotizados en la bodega.

Inmediatamente se dirigió al cuarto de su pupila y se detuvo a la puerta del salón de música al oír sus cantos. Respiró. Estaba con don Basilio pasando la acostumbrada lección.

Entró no obstante y, al ver al nuevo organista, comenzó a proferir gritos desaforados y lo sacó de allí a empujones, desoyendo las protestas del nuevo maestro de música. Por fin, logró éste hacerse oír y manifestó que don Basi-

lio estaba enfermo y que le había enviado a él como sustituto.

—¡Mentís, mentís!—replicó con violencia don Bartolo—. Vuestra edad, vuestro flamante atavío, todo me hace sospechar que sois un osado galanteador que ha sabido aprovecharse de excepcionales circunstancias.

Y como el falso organista insistiera, don Bartolo le exigió una prueba de lo que sostenía, amenazándole con atravesarle con su espada si la prueba no era satisfactoria.

Pero el conde estaba bien aleccionado por Figaro y extrajo de su bolsillo el billete que doña Rosina le había arrojado por el balcón, entregándoselo a don Bartolo al mismo tiempo que le decía:

—Don Basilio me dió orden de registrar los aposentos del conde de Almaviva y he encontrado este billete que, al parecer, está escrito por doña Rosina.

Don Bartolo se mostró muy impresionado al leerlo y reconocer la letra de su pupila, sintiendo además profunda confianza hacia aquel joven que le daba una prueba tan grande de adhesión.

Le pidió perdón y le hizo volver a la sala de música para que la lección continuara en su presencia. Pero sucedió que don Bartolo no había dormido lo necesario y la música contribuyó a que se quedara como un tronco. Cuando despertó le extrañó no oír cantar a doña Rosina y vió con horror, levantando la cabeza, que su pupila

y el joven maestro estaban enlazados amorosamente por las manos.

Entonces sí que no hubo disculpa para el traidor, el cual hubo de tomar las de Villadiego, perseguido por el furibundo don Bartolo.



Don Bartolo se mostró impresionado al leerlo.

En la puerta se tropezó con don Basilio que entraba y éste reconoció al conde, manifestándose así a don Bartolo, el cual creyó desmayarse al saber que tenía por rival a hombre tan poderoso.

* * *

Estaba Fígaro afeitando a don Bartolo y defendiéndose de las acusaciones de éste que sospechaba su complicidad con el conde de Almaviva, cuando el tiránico tutor encargó a don Basilio fuera a buscar al notario sin pérdida de tiempo, pues quería casarse con doña Rosina cuanto antes.

—Entretanto voy a hacer ciertas imprescindibles gestiones y dentro de una hora estaré aquí, dispuesto a celebrar la ceremonia.

Salieron don Basilio y don Bartolo de la casa, cada uno en una dirección distinta y Fígaro se fué detrás del último para poner en práctica un plan desesperado que había concebido instantáneamente.

Después de reunirse con el conde, que le esperaba a la puerta, los dos abordaron al organista, amenazándole con denunciar al notario su complicación con don Bartolo en la malversación de los fondos de doña Rosina, si no se prestaba a obedecerles.

Aterrado don Basilio al verse descubierto, y más por caballero de tanta influencia como el conde de Almaviva, hizo todo lo que Fígaro le ordenó.

Llamó al notario, sí, pero fué para que casara, siguiendo las ligeras formalidades de entonces, a doña Rosina con el conde, e incluso firmó como testigo de boda con Fígaro.

De aquí que cuando don Bartolo regresó a su casa dispuesto a celebrar la anhelada boda, quedara estupefacto al ver que por la escalera del vestíbulo bajaba doña Rosina del brazo del conde al mismo tiempo que Fígaro anunciaba con voz altisonante:

—¡Paso a la señora condesa de Almaviva!

Comenzó don Bartolo a lanzar rugidos de toro fogueado, pero enmudeció instantáneamente cuando le dijo que se habían descubierto sus trampas y que por menos de nada denunciaría el conde el hecho al notario para que revisara las cuentas.

Su único consuelo fueron estas palabras pronunciadas por don Basilio:

—Paciencia, don Bartolo. Conozco bien al conde y estoy seguro de que con su proceder será el mejor vengador de vuestro ridículo. No en balde es el hombre más calavera de Sevilla.

III

Diremos en primer lugar que doña Rosina no supo que debajo del nombre de Lindor se ocultaba el muy ilustre del conde de Almaviva y que al enterarse de ello recibió la consiguiente alegría.

A unas tres leguas de Sevilla poseía el conde una residencia principesca y allí se fué a pasar la luna de miel con su esposa, llevándose a Fígaro como portero.

Esto dió lugar a que también el barbero se

enamorara perdidamente, pues Susana, la nueva primera doncella de doña Rosina, era la mujer más bella que Fígaro había visto en aquella bendita tierra sevillana donde todas eran hermosas. A Susana le agradó también Fígaro y así se explica que a los dos meses de servir bajo el mismo techo tuvieran ya acordada la fecha de la boda.

A cientos se contaban los criados en el hermoso castillo y doña Rosina se vió rodeada de un fausto que dejaba en pañales al lujo de la casa de don Bartolo.

También se había ido a vivir al castillo Cherry, un ahijado de la condesa, cuya belleza y juventud traía a mal traer a toda la servidumbre femenina, exceptuando, claro es, a Susana, que adoraba a su Fígaro fiel y profundamente.

Pero Cherry las despreciaba a todas. Era poeta y su alma exquisita había soñado con llevar al altar a una princesa cuando menos.

Había tenido razón don Bartolo al decir que el propio conde de Almaviva sería el vengador del mal que se había hecho a don Bartolo.

El conde, pasados los primeros meses de la deliciosa luna de miel, volvió a su antigua y capulosa vida.

Naturalmente, esto era causa de profunda aflicción para la desdichada doña Rosina, que cada vez estaba más enamorada del conde y que había ido al matrimonio creyendo cándidamente que su marido la querría siempre igual y que, así como su puro corazón no se cansaba nunca

de prodigar mimos y caricias al adorado, sino que, por el contrario, cuanto más le mimaba y le acariciaba más suya se sentía y más placer experimentaba en demostrárselo, lo mismo sucedería al corazón de su esposo.

Fígaro compartía el dolor de su dueña al verla ofendida y abandonada y lo mismo acontecía a Susana y al resto de la servidumbre, pues era lo cierto que todos habían llegado a querer a la dulce y bondadosa dueña más que al conde, a pesar de que servían a éste desde antiguo.

Un día estaba la condesa en sus habitaciones, triste y pensativa como siempre, cuando Fígaro y Susana se presentaron ante ella.

—Señora condesa—dijo el ex barbero—, Susana y yo os pedimos permiso para casarnos.

Al ver doña Rosina la expresión de anticipada felicidad que animaba el rostro de ambos, sintió algo así como una sombra de envidia al comparar aquel cuadro con su presente infortunio.

Pero, sobre todo, era generosa y buena y fué sincera al decir sonriendo amargamente:

—Que seáis muy felices. Contad conmigo como madrina de boda.

Locos de alegría dirigiéronse los novios al jardín para celebrar con un beso—o con cien— el consentimiento de la condesa y en eso vieron aparecer por el lejano horizonte un caballo con su caballero.

Por el modo desenfrenado de galopar recono-

cieron al conde, y esperaron a que llegara al lado de ellos para comunicarle la feliz nueva:

—Excelencia—dijo Fígaro mostrando a Susana—. Ya he elegido mujer.

El conde se quedó mirando a la doncella y se sorprendió de no haberse dado cuenta antes de su hermosura. Realmente, no había nada comparable a aquella belleza entre la multitud de damas frívolas que eran sus compañeras constantes. Los ojos negros y rasgados, de misterioso mirar, la boca encendida, el cuerpo sano, fuerte y maravillosamente proporcionado como el de una estatua... todo hizo al conde acercar el caballo a Susana para contemplar aquel rostro de cerca con aquella osadía a que estaba acostumbrado en el trato con las mujeres.

Fué una mirada larga, de deseo, que recorrió todo el cuerpo de la virgen. Ella lo notó y se estremeció horrorizada como si en vez de los ojos fueran las manos del conde las que se deslizaran a lo largo de su talle.

Después, ya en sus habitaciones, continuaba el conde obsesionado por la belleza fascinadora de Susana. Sus ojos negros, su garganta de terciopelo, su seno juvenil y perfumado, danzaban ante su memoria torturándole.

Oyó de pronto que una puerta se abría y se asomó con tiempo para ver que era Susana la que había entrado en una solitaria habitación del solitario piso, sin duda enviada por la condesa, ya que se trataba de su cuarto de labor.

Un estremecimiento le obligó a obrar casi in-

conscientemente y se dirigió a la estancia que abrió y cerró en seguida.

La inesperada visita sorprendió a Susana, pero no pasó por su mente candorosa la más ligera idea de su motivo.

—Ya que te encuentre casualmente aquí, Susana—manifestó el conde—, quiero recordarte que aun no te he besado en honor de tu próxima boda.

La costumbre que a la sazón había de besar los amos a los criados cuando se iban a casar no era desconocida por Susana, la cual consciente de sus deberes y dispuesta siempre a cumplirlos, repuso:

—Eso tiene pronto arreglo, excelencia.

Y con un gesto lleno de candidez ofreció al conde la mejilla.

Este acercó los labios y los deslizó por la mejilla hasta llegar a la boca donde los detuvo, bebiendo de ellos un avaro beso antes de que Susana lo pudiera evitar.

Aterrada, trató ella de desasirse de los brazos que la sujetaban fuertemente y si bien no lo logró, consiguió que Fígaro, que por andar siempre tras ella pasaba en aquel momento por el pasillo, oyera sus exclamaciones de protesta.

La puerta se abrió violentamente y entró el prometido. Su presencia bastó para que el conde soltara la presa, pero sin inmutarse gran cosa.

Fígaro le dirigió una sonrisa llena de sarcas-

—Celebro, señor conde, que os agrade mi prometida hasta el punto de perseguirla en vuestra propia casa.

—Soy el amo, Fígaro, y todo lo que hay en esta casa es un poco mío. Sólo la oposición de Susana puede librarle de que te quedes sin ella.

Y dió media vuelta y volvió a su habitación, no para volver a marcharse, sino para permanecer allí hasta que se le presentara una nueva ocasión de hablar a solas con Susana para hacerle ciertas proposiciones.

IV

Al día siguiente, el señalado para la boda y cuando Susana se estaba poniendo las galas nupciales ayudada por algunas doncellas, y el resto de la servidumbre se entregaba a la alegría del acontecimiento danzando en el jardín y cubriendo de flores todo el camino que habían de recorrer los desposados, el conde estaba en el pabellón del jardín, dispuesto a poner en práctica una estratagema que le permitiría entrevistarse con Susana sin testigos.

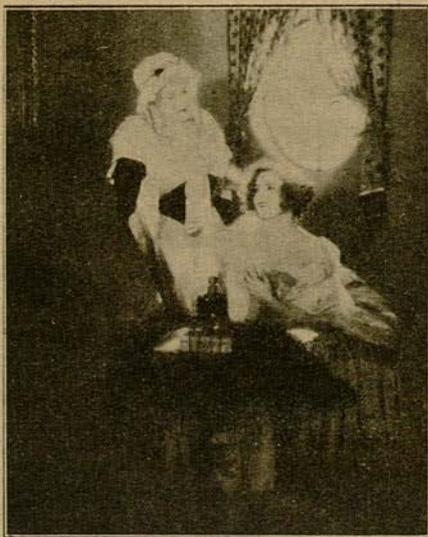
Pedrillo, el criado más joven y que mejor sabía servir a su señor acertó a pasar por allí y el conde le detuvo.

—Ve y di a Susana que la condesa la espera en el pabellón del jardín.

Y acompañó la orden de un guiño suficientemente significativo para que el muchacho no se extrañara de lo absurdo de la orden.

En seguida vió el conde que Susana llegaba corriendo por el jardín, hermosa como nunca después de la larga sesión de tocador.

Al encontrar al conde donde esperaba en-



... cuando Susana se estaba poniendo la galas nupciales.

contrar a la condesa, se sorprendió y sintió profunda inquietud, pero tuvo la buena idea de no demostrarla considerando que así podría escapar mejor de las manos del conde.

—¡Qué atrevido sois, excelencia!—dijo con un tono que estaba muy lejos de ser áspero.

El la había cogido por una muñeca y la atraía hacia sí suavemente.

Susana opuso muy ligera resistencia y soportó un abrazo, lo cual inspiró al conde tal seguridad de que la presa era suya, que decidió no obrar por la fuerza.

Extrajo un precioso anillo que había comprado para una de sus múltiples amigas y se lo puso suavemente en el dedo.

—Si tú quisieras, Susana, qué dichosos íbamos a ser. Te convertirías de sierva en señora y tendrías joyas y vestidos a montones.

Susana contempló amorosamente el anillo como si se sintiera rendida por sus fulgores diamantinos, y, de súbito, se separó dos pasos del conde y echó a correr como avergonzada de su flaqueza, dando a su dueño el tiempo justo para decirle:

—Dentro de una hora te esperaré aquí.

* * *

Lo primero que hizo Susana fué referir a Fígaro lo ocurrido y éste concibió en seguida uno de sus diabólicos planes para dar una lección al conde.

Se dirigieron los dos a las habitaciones de la condesa y llegaron en el preciso momento en que doña Rosina leía unos versos de su ahijado.

—Mirad, mirad—dijo a los prometidos—. Escuchad los versos del gran poeta de la casa.

Y volvió a leer en voz alta, en tanto el poeta bajaba la cabeza confundido:

*¿Quién al lado vuestro padecerá, señora
si vuestra risa es vida, es gloria y es amor;
si consoláis mirando y sois la bienhechora
de todos los que estamos a vuestro alrededor?*



Se dirigieron los dos a las habitaciones de la condesa.

—Precisamente, señora condesa—dijo Fígaro al mismo tiempo que la dama dejaba el perga-

mino sobre el velador—, de algo que está relacionado con Cherry quiero hablarlos.

Y después de referirle todo lo que acababa de pasar en el pabellón, lo cual no entristeció a la condesa más de lo que estaba, expuso sus planes.

—Creo que sería una buena lección para el conde que vistiéramos al hermoso Cherry de mujer y lo hiciéramos ir dentro de una hora al pabellón.

Excelente pareció a la condesa la idea y en seguida comenzaron a ponerla en práctica.

Fíguro se fué hacia el pabellón para espiar y entre Susana y la condesa fueron colocando sobre las ropas de Cherry las que habían de servirle de disfraz.

En este momento, y cuando menos lo esperaban, sonaron unos golpes en la puerta y se oyó la voz del conde que pedía permiso para entrar.

Los tres quedaron estupefactos sin saber qué determinación tomar. Por fin, Susana, comprendiendo que lo esencial era hacer desaparecer el cuerpo del delito, es decir, Cherry, le condujo al cuarto guardarropa y lo encerró allí.

Después volvió al centro de la habitación y como entretanto el conde no había cesado de golpear la puerta y de llamar a su esposa, Susana dijo a su dueña en voz baja:

—Lo mejor es que le digáis que dormiais. Así no se extrañará de que hayáis tardado en abrirle.

—Pero si dormía yo ¿qué hacías tú aquí?

—Yo me esconderé debajo de esta mesa.

Y lo hizo al mismo tiempo que lo decía. El largo tapete la cubrió por entero.

Inmediatamente la puerta se abrió con violencia y apareció el conde con la extrañeza reflejada en el semblante.

Al ver a su esposa temblorosa y agitada, le preguntó:

—¿Qué hacías que yo no pueda saber?

—Nada... dormía...

El conde repuso mirándola fijamente:

—Mientes. He oído ruido mientras llamaba.

Reparó entonces en el pergamino que estaba sobre el velador y leyó los versos de Cherry.

—Supongo — dijo visiblemente descompuesto — que no te habrás enamorado de tu ahijado.

Rosina trató de reír sin conseguirlo y en este momento se oyó un ruido en el cuarto guardarropa.

—¿No decías que estabas sola?

—No he dicho eso. Ahí dentro está Susana arreglando mis vestidos.

—Tengo curiosidad por comprobarlo—dijo el conde dirigiéndose al cuarto guardarropa.

—¿Me harás la afrenta de perseguirla en mis propias habitaciones?—exclamó la condesa viéndose perdida.

—No te descompongas, mujercita. Después discutiremos todo cuanto quieras.

Fué a abrir, pero no pudo. Estaba cerrado por dentro. Entonces cogió a su esposa de la

mano y se la llevó de la habitación al mismo tiempo que decía:

—Vamos por una herramienta con la que poder descerrajar esta puerta. No te dejes aquí, porque entonces te sería fácil abrir la puerta a *Susana* y dejarla escapar.

Pero cuando volvieron a la habitación, *Susana*, que desde debajo de la mesa había sido testigo invisible de todo, hizo salir a *Cherry* del cuarto guardarropa y se introdujo ella, de modo que cuando el conde descerrajó la puerta apareció *Susana* con el consiguiente asombro de su dueño y también de su dueña.

—¿Por qué no has abierto cuando llamábamos?—preguntó el conde irritado.

Y entonces repuso la voz de *Figaro* desde la puerta:

—La señora condesa temía haber perdido vuestro amor y tramé esta comedia a fin de estimular un poco vuestro espíritu.

El conde contuvo su ira. Dirigió a *Susana* una mirada y después contestó sonriendo:

—Por esta vez has ganado tú, pero al freír será el reír.

* * *

El conde había dado la cita a *Susana* poco antes de la boda porque era la hora de más bullicio y por lo tanto la que más les aseguraba la impunidad.

Estaba nervioso, esperando el momento de saciar sus anhelos de amor y de venganza, cuan-

do vió aparecer la figura gentilísima de *Susana* en la penumbra del anochecer.

No tuvo paciencia para esperar su llegada y corrió hacia ella ávidamente. La cogió por el



... hizo salir a *Cherry*.

talle y la condujo a la sombra propicia del pabellón.

Ella, ruborosa, ocultaba su rostro en el velo de desposada y esquivaba la cabeza de sus besos entregándole sólo una mano, precisamente

aquella en que llevaba el anillo que él le había regalado.

Estrechó aquel cuerpo contra el suyo y besó la suave piel de aquella mano.

—Susana... Susana... Eres arrebatadora como ninguna otra mujer, eres la más hermosa de cuantas he conocido. Ninguna tenía esta piel de terciopelo ni este cuerpo palpitante y perfumado, ni nada que se pareciera a lo que tú posees.

Hablaba sinceramente. Estaba como enloquecido por aquella mujer cuyas bellezas tenía la fortuna de comprobar.

—Eres única, Susana—repitió.

Y entonces ella se echó atrás el velo y apareció el rostro de la condesa.

—¡Tú!—exclamó el conde.

—Sí, yo—repuso la condesa tristemente—.

Por lo visto, para agradarte, es preciso adoptar la apariencia de otra persona.

El quedó un momento confundido. Realmente era ridículo que la misma mujer que momentos antes le pareciera la más codiciable del mundo dejara de parecérselo por el solo hecho de que fuera su esposa.

Ya se marchaba doña Rosina, cuando él corrió tras ella y la detuvo.

—No, Rosina, no te vayas. He dicho que no había otra mujer como tú en el mundo y lo decía con pleno convencimiento. Por eso lo sigo sosteniendo ahora. Perdóname y en adelante sabré ser digno de ti.

Rosina le perdonó— no deseaba otra cosa—y se procedió en seguida a celebrar la boda de Figaro y Susana, apadrinada por el conde y la condesa.

Por cierto que éstos, después de la ceremonia, se sintieron también como recién casados.

F I N

Ha sido revisado por la Censura

MAÑANA saldrá el decimo cuaderno
de la novela en 20 cuadernos

De vendedora de periódicos a estrella de cine

Precio: 25 céntimos

Otro gran éxito

La Novela Sentimental Precio:
30 cts.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Tip* Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
¡Lo mejor del cine!

Ultimos éxitos:

Esto es el cielo
La senda del 98
Espejismos
Evangelina

Acaba de aparecer:

EL CABALLERO

por Richard Talmadge

En preparación:

EGOÍSMO

por Elga Brink y Henry Edwards

Precio: 1 peseta